Observaciones sobre la Primera Epístola de Pedro

Henri ROSSIER

biblicom.org

Índice

1 - Capítulo 1 . . . . . **3**

2 - Capítulo 2 . . . . . **14**

3 - Capítulo 3 . . . . . **20**

4 - Capítulo 4 . . . . . **26**

5 - Capítulo 5 . . . . . **31**

1 - Capítulo 1

«Pedro, apóstol de Jesucristo, a los que viven como extranjeros en la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia; escogidos según el previo conocimiento de Dios Padre, en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sean multiplicadas» (v. 1-2).

Es interesante observar que el apóstol Pedro dirige su epístola a los cristianos salidos del judaísmo en las mismas provincias donde el apóstol Pablo comenzó su misión. Este hecho nos habla del juicio final de Dios bajo el que se encontraba ahora Israel, mientras la gracia se dirigía a los gentiles; pero también nos habla de esa misma gracia hacia el pueblo culpable, que, a pesar de todo, llevó a un pobre y débil remanente de ellos a Cristo para que participara de las bendiciones que ahora disfrutaban los gentiles. El contraste entre la doctrina de Pedro y la de Pablo es aún más comprensible cuando vemos que ambas son de origen absolutamente divino. Esto es lo que intentaremos demostrar.

En primer lugar, existe una oposición total entre la fe de un judío esclavizado a la Ley y la de un judío convertido al cristianismo. Los dos versículos que acabamos de leer lo demuestran abundantemente. Las tres personas de la Divinidad, Dios Padre, el Espíritu Santo y Jesucristo el Salvador, desconocidas por el pueblo judío en su propio carácter, se mencionan aquí como formando la base sobre la que se construye la fe de estos creyentes. Esta misma fe tiene su punto de partida, no como la de Israel en la elección de Abraham, sino en la presciencia de Dios Padre. Debemos remontarnos a la eternidad para descubrir su origen, y allí tampoco podemos descubrirlo, ya que se sumerge en el infinito. Esta presciencia tiene sus raíces en el amor, pues es Dios Padre quien la posee. Se manifestó en la elección, y llegó un momento en que la realidad de esta elección irrumpió en los santos. Esto es lo que hizo decir a Pablo, escribiendo a los tesalonicenses: «Sabiendo, hermanos amados por Dios, vuestra elección» (1 Tes. 1:4). ¿Cómo pudo saber esto? Por los frutos que el Espíritu Santo les hacía dar. Pero incluso antes de que se produzcan estos frutos, visibles para todos, hay una acción preliminar del Espíritu Santo para santificar, es decir, apartar, a los elegidos para el testimonio al que son llamados. Esta acción es múltiple. Tanto si se trata de pruebas, pérdidas, enfermedades, golpes repentinos, llamamientos que llegan en el momento oportuno, etc., etc., el alma se ve en un momento dado aislada de este modo, obligada a prestar oído para escuchar el dulce y sutil sonido de la gracia, que no habría escuchado sin esta intervención divina. Esto es lo que expresan las palabras: En la santidad del Espíritu. Quien ha podido ser testigo de la acción

santificadora del Espíritu Santo y ha visto sus efectos, puede entonces decir, como el apóstol: «Sabiendo, hermanos amados por Dios, vuestra elección».

Habiendo sido testigos, por así decirlo, de los consejos de Dios y de toda su obra preliminar en los santos, se nos informa del fin al que había de conducir esa obra. Este propósito es doble en esta Epístola; se resume en estas palabras: «Escogidos… para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo».

«Escogidos… para obedecer… Jesucristo» [1]. Dios quiere tener un pueblo en la tierra que siga las huellas del hombre perfecto. Toda la vida de Cristo aquí en la tierra se resume en esta palabra: obediencia a Dios. He aquí –dijo– que vengo a hacer tu voluntad, oh Dios. Realizó esta obediencia incluso en la agonía de Getsemaní al decir: «No se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lucas 22:42) y de nuevo cuando su alma se turbó por la hora del abandono: «¡Padre, glorifica tu nombre!» (Juan 12:28).

[1] Se refiere tanto a la obediencia como a la aspersión de la sangre.

Pero nuestro pasaje nos presenta un segundo propósito de la elección: para la aspersión de la sangre de Jesucristo. Esto era lo que los hebreos habían venido a buscar. «Os habéis acercado», les dice el apóstol, «a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel» (Hebr. 12:18, 24). Se trata de la aspersión de sangre con la que se limpiaban todas las cosas bajo la Ley (Lev. 16:14; Hebr. 11:28). Es imposible entrar en el camino de la obediencia de Cristo sin ser limpiado por su sangre. No se trata de la redención, del perdón, de la salvación, sino de ser hechos partícipes de la pureza de Cristo ante Dios para que podamos obedecer como él lo hizo. Ahora somos apartados por la aspersión de la sangre de Cristo, sin la cual ninguna obediencia, como la suya, sería posible.

En contraste con la elección de aquellos cristianos que salieron del judaísmo, veamos lo que nos dice el apóstol Pablo sobre la elección de las naciones. El pasaje de 2 Tesalonicenses es particularmente instructivo a este respecto: «Pero nosotros siempre debemos dar gracias a Dios por vosotros, hermanos amados del Señor, porque Dios os escogió desde el principio para salvación, por la santificación del Espíritu y la fe en la verdad, a la cual os llamó mediante nuestro Evangelio, para obtener la gloria de nuestro Señor Jesucristo» (2 Tes. 2:13-14).

Estos creyentes eran hermanos queridos del Señor. El amor de Cristo fue la base de todo lo que se hizo por ellos. Dios los había elegido desde el principio. ¿Qué fue ese principio, sino el principio cuando el Verbo ya era, (Juan 1:1) un principio que

nos sumerge en la eternidad infinita? En el momento en que todo estaba por crear, estos tesalonicenses eran ya objeto de la elección de Dios; ¿y para qué? Para la salvación. La salvación era el objeto que Dios había puesto ante ellos, en oposición al hombre de pecado, que se había consagrado a la perdición, y había arrastrado a ella a los que no habían aceptado «el amor de la verdad para ser salvos» (2 Tes. 2:10), que no lo habían deseado.

¿Qué es entonces esta salvación? Es, en primer lugar, la liberación absoluta del pecado y de todas sus consecuencias. Antes de que se introdujera el pecado en el mundo, Dios ya había dispuesto lo necesario; y cuando Satanás parecía haber ganado la partida, todos sus designios ya estaban anulados. Dios había decidido abolir todas las consecuencias del pecado: la muerte, la ira de Dios, el juicio, para que, liberados de esta horrible esclavitud, los redimidos pudieran disfrutar, en plena libertad ante Dios, de la vida, del favor de Dios, de la gloria. –Pero la salvación es, en segundo lugar, la introducción en la luz perfecta de la presencia de Dios, según la plena aceptación de Cristo. Esto solo podría tener lugar si Cristo hubiera tomado primero mi lugar, y luego me hubiera dado el suyo.

Esto es lo que significa la palabra: salvación. Pero para dármela se requería primero una intervención del Espíritu de Dios que nos eligió para la salvación en la santidad del Espíritu. Dios nos ha apartado al confiarnos al cuidado del Espíritu Santo desde el momento de nuestra aparición en el mundo. El mismo pensamiento se expresa en 1 Pedro 1:2, con las palabras «en santificación del Espíritu» y, como hemos visto en relación con este pasaje, los medios de apartamiento antes de la conversión son infinitamente variados. La Epístola a los Corintios se expresa sobre este tema en una sola palabra: «Habéis sido santificados» (1 Cor. 6:11).

Esta es, pues, la primera acción de Dios hacia nosotros. Bajo esta acción, la verdad nos está presentada. La verdad, expresada en 3 palabras, es lo que soy, lo que Dios piensa de mí y lo que él es para mí. Llevado a la presencia de la verdad, la acepto y esta aceptación es la fe. Yo no tengo nada que ver con esto; todo es obra de Dios. Somos salvos «por gracia mediante la fe; y esto no procede de nosotros, es el don de Dios» (Efe. 2:8). ¿Cómo nos llega esta gran salvación? ¿Cómo hemos sido llamados? Mediante el Evangelio (2 Tes. 2:14). El décimo capítulo de Romanos (v. 14-15), nos muestra cómo se hace esto… El resultado final de todo este trabajo es llevarnos a la gloria de nuestro Señor Jesucristo como se muestra en este maravilloso pasaje de 2 Tesalonicenses 2. ¡No podemos ir más allá!

Es aquí donde los 2 caracteres de las Epístolas de Pedro y Pablo destacan de forma

llamativa. El primero, Pedro, introduce al cristiano en la tierra para que siga el camino de la obediencia del Hombre perfecto, un camino que lleva a la gloria, y para el que la sangre de Cristo le capacita. El segundo, Pablo, proclama una salvación tan completa por la fe, que en virtud de esta salvación el cristiano obtiene la gloria, y esta gloria es la misma que la de nuestro Señor Jesucristo.

Que la gracia y la paz os sean multiplicadas, dice el apóstol Pedro. Para seguir este humilde camino de obediencia en la tierra, necesitamos aún más el favor especial y las relaciones despejadas de nuestras almas con Dios, para entrar en el disfrute de nuestra posición celestial.

«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien según su gran misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos; para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe para la salvación preparada para ser revelada en el tiempo postrero» (v. 3-5).

El cambio obrado en los cristianos a los que se dirigía el apóstol no tenía otro motivo que la misericordia de Dios Padre. Fueron regenerados, engendrados de nuevo. No era en absoluto una mejora de su estado anterior en la carne, sino una naturaleza totalmente nueva que les fue comunicada por el propio Dios. Vemos en el versículo 23 de este capítulo cuál era el agente de esta nueva vida: «la Palabra viva y permanente de Dios». Qué importante es insistir en esto en nuestros días, cuando Satanás continúa su obra de desintegración en el mundo negando el valor inmutable de esta Palabra para las almas. Este nuevo nacimiento, decíamos, no tenía otro motivo que «su gran misericordia». Su intención era darles «una esperanza viva, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos»; pero fíjense que no les traía ninguna parte terrenal. Estos cristianos no entraban por la fe en posesión de nada en la tierra. Será de otra manera con los creyentes judíos en los días proféticos, pero entonces como ahora la esperanza judía no será viva.

Ella se aferra y se aferrará a las cosas presentes y terrenales que rodean al creyente, que serán destruidas al final. La esperanza cristiana pertenece a una vida y una región totalmente nuevas. Está ligada a las cosas celestiales, y fue a estas cosas a las que fueron introducidos aquellos cristianos que salieron del judaísmo por «la resurrección de Jesucristo de entre los muertos». Su esperanza era celestial; su herencia ya no tenía nada que ver con la posesión de ventajas terrenales y corruptibles; era totalmente celestial. No podía ser profanada, no podía marchitarse. En los pocos

momentos en que Dios había confiado la herencia terrenal a Israel, esta, como una flor a medio abrir, ya se había marchitado al cabo de un día. En cuanto a la herencia celestial, la caracterizan su completa pureza, la imposibilidad de introducir en ella cualquier tipo de contaminación o de ver su fin. Además, el cristiano no puede perderla; la conserva Dios mismo en el cielo para nosotros. Ustedes dirán: Es cierto, pero tal vez no seré conservado para entrar en él. Por el contrario, si se preserva para mí, seré preservado para tomar posesión de ella más tarde.

«Que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe para la salvación preparada para ser revelada en el tiempo postrero» (v. 5).

Por tanto, todo es absolutamente seguro para el cristiano, sea quien sea. Su herencia es preservada para él, él mismo es custodiado, para la liberación final que aún no ha sido revelada, pero que lo será en el último tiempo. Este poder de Dios nos preserva para ese tiempo al mismo tiempo que, por nuestra parte, nos preserva la fe que nos ha dado. La fe siempre tiene éxito. Es «la certidumbre de las cosas esperadas, la convicción de las realidades que no se ven» (Hebr. 11:1). Estamos guardados, y de qué manera tan maravillosa, para entrar en posesión de esta herencia. El apóstol le da este nombre: una *salvación*, porque está escribiendo a los cristianos que han salido del judaísmo. Para ellos, la liberación aún no se ha revelado; deben esperar «el tiempo postrero». Pero está listo para ser revelado. Tan pronto como aparezca el último tiempo, se revelará esta salvación, es decir, la liberación completa y final, todos los resultados eternos y gloriosos de la obra de Cristo.

«En lo cual os alegráis, aunque por poco tiempo estéis afligidos con diversas pruebas, si es necesario, para que la prueba de vuestra fe, mucho más preciosa que el oro perecedero que es probado con el fuego, sea hallada para alabanza, gloria y honor en la revelación de Jesucristo» (v. 6-7).

¿Cómo no llenarse de gozo al pensar en esta salvación, en esta liberación futura, que se resume en una palabra: *gloria*? Pero estos cristianos no deben olvidar que el tiempo presente, aunque ahora sea corto, fue un tiempo en el que tuvieron que ser afligidos por varias pruebas. Estas pruebas no nos están presentadas aquí en el sentido de Santiago 1:13-15, sino como pruebas enviadas por Dios con el propósito de que la gracia dé fruto para su gloria. De estas pruebas, cuando llegan, el cristiano siempre puede decir: “Esto es necesario”. Dios nunca dispensará una prueba que no lo sea. Este es un gran punto, y nuestros corazones se fortalecen en medio de las dificultades, sean las que sean, al pensar que son necesarias para nuestro bien y para el triunfo final de la gracia sobre el enemigo de nuestras almas. Pero más que

eso, estas pruebas son la demostración de la fe que Dios nos ha dado. ¿Cómo puede Dios, si viene de él, no probarlo y triunfar probándolo? Esta prueba de nuestra fe será encontrada loable, gloriosa y honorable en la revelación de Jesucristo por los gloriosos frutos que dará para él al hacernos compañeros de su gloria.

«A quien amáis sin haberle visto; en quien aun sin verle, creéis, y os alegráis con gozo inefable y glorioso; obteniendo el fin de la fe, la salvación de las almas» (v. 8-9).

El Cristo que ha de ser revelado y convertirse en el centro de la gloria y las bendiciones, estos cristianos no lo habían visto todavía, pero lo amaban sin verlo, y esto contrastaba con todas las esperanzas judías. Sus afectos eran atraídos por un Cristo invisible; la fe que habían recibido los llenaba de gozo, aunque todavía no lo veían. Este gozo no podía expresarse con palabras y tenía el carácter y el anticipo de las bendiciones celestiales y gloriosas. Estos cristianos, aunque no entraban en posesión de nada, ni veían ni tocaban nada, sin embargo, recibían el fin de su fe, no en el estado de gloria y posesión tangible, sino como una cosa presente que solo comprendía toda la gloria celestial en la esperanza: la salvación de las almas, o «la salvación de las almas» en contraste con las liberaciones temporales en las que los judíos estaban acostumbrados a confiar.

Detengámonos un momento en esta verdad, sobre todo porque es el tema principal de las Epístolas de Pedro y es de suma importancia captarla, porque caracteriza toda una vertiente de nuestro cristianismo, en contraste, pero sin contradecir en absoluto, las enseñanzas del apóstol Pablo. Este último presenta la cruz como punto de partida para los cristianos. Es allí donde su viejo hombre fue crucificado con Cristo. En la resurrección de Cristo se convirtió en un hombre nuevo, unido a Cristo, participando en su vida de resurrección y pudiendo decir: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Gál. 2:20). Poseyendo esta vida de resurrección, que es la vida de Cristo mismo, el cristiano está donde está Cristo, en los lugares celestiales. Su vida está escondida con Cristo en Dios hasta que Cristo se manifieste y sea manifestado con él en la gloria. En esta esperanza disfruta de las cosas celestiales como propias. Si todavía se queda en la tierra, es como una luz celestial que brilla a su alrededor, y su responsabilidad es mostrar en todo su caminar la persona y el entorno al que está unido para siempre. Este no es el caso de la enseñanza del apóstol Pedro.

Nos presenta al cristiano regenerado, poseedor en su conversión de una vida completamente nueva, una vida divina, y dejado en este mundo para reproducir el carácter de Cristo hombre. Dios cuida, a través de las pruebas, de que sea capaz de

este testimonio, y lo estimula poniendo ante el cristiano una esperanza tanto más segura cuanto que posee «la salvación de su alma» como cosa presente, pero que le asegura de manera absoluta la posesión futura de la gloria. Por lo tanto, salvo la salvación de su alma, el cristiano no tiene nada en este mundo más que la esperanza, no posee una herencia terrenal ni posee una herencia celestial, aunque sabe que esta herencia está reservada para él, ni posee la liberación final, aunque espera su revelación en el último tiempo. Sin embargo, su felicidad es completa: ama a Aquel a quien no puede ver; su gozo no puede expresarse con palabras, pues la salvación de su alma es algo presente, y ningún poder enemigo podrá arrebatársela jamás. Infeliz cristiano, dirás: La tierra es un desierto para él, donde lo único que se le exige es la obediencia, sin que se le prometa siquiera una recompensa; el cielo es un lugar del que no ha tomado posesión, aunque está, es cierto, seguro de poseerlo algún día. Al contrario, diríamos: ¡feliz cristiano! Su trayectoria aquí le lleva a la meta; esta meta es una herencia asegurada; el Señor mismo le recibirá allí; su fe se apropia de todas estas cosas como realidades eternas. Su gozo no tiene límites en la expectativa de esta liberación. Es glorioso y, sin embargo, ¡no posee la gloria!

«Sobre esta salvación, los profetas que profetizaron de la gracia que os estaba reservada, se informaron e inquirieron con esmero, buscando qué tiempo o qué circunstancias indicaba en ellos el Espíritu de Cristo, el cual daba testimonio de antemano de los padecimientos de Cristo y de las glorias que los seguirían. A estos fue revelado que no para sí mismos, sino para vosotros, administraban esas cosas que ahora fueron anunciadas por los que os predicaron el Evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas que los ángeles desean mirar de cerca» (v. 10-12).

Esta salvación presente de las almas, producto de la redención, los profetas judíos que habían anunciado la gracia que les correspondería a ellos, los creyentes judíos de hoy, en un tiempo entonces futuro, estos profetas habían dedicado todo su cuidado a indagar sobre ella. Profetizaban por «el Espíritu de Cristo» que estaba en ellos; una frase importante, porque nos muestra que es el mismo Espíritu el que actúa en medio de la aparente contradicción entre los principios de las diferentes economías. Este Espíritu aún no había sido "enviado desde el cielo", como lo fue el día de Pentecostés, pero en los profetas dio testimonio anticipado de los futuros sufrimientos de Cristo y de las glorias que le seguirían. A estos profetas del antiguo pacto se les reveló que no estaban administrando estas cosas para ellos mismos, sino para los cristianos que habían salido del judaísmo, a quienes Pedro estaba escribiendo. Ahora bien, los apóstoles, como continuadores de los profetas de antaño, les habían predicado el Evangelio por el mismo Espíritu que el de los profetas, salvo que la diferencia

esencial era que este Espíritu era enviado desde el cielo por un Cristo que había ascendido, en resurrección, a la diestra de Dios.

Los apóstoles relacionaban así a los cristianos judíos a quienes se dirigían con los creyentes de la antigüedad, cuyos profetas tuvieron las mismas revelaciones que ellos, los apóstoles, salvo, claro está, que la plenitud de la revelación pertenecía al tiempo final. Los 2 grandes temas del testimonio de los profetas, así como de los apóstoles, fueron los sufrimientos de Cristo y las glorias que le seguirían, pero en el primer caso como acontecimientos futuros, en el segundo como acontecimientos cumplidos para la eternidad.

Es importante notar aquí que Pedro pasa por completo de la revelación de la Iglesia como el Cuerpo de Cristo y la Esposa del Cordero, una verdad de la que el Antiguo Testamento no contiene ningún rastro excepto como figura o tipo. Esta omisión hace que sea muy fácil distinguir el testimonio individual de los cristianos en los escritos de estos 2 apóstoles. Pero incluso fuera de la Iglesia, "los ángeles desean mirar de cerca" los inmensos privilegios que nos corresponden a nosotros, a quienes el pecado había separado de Dios.

«Por lo cual, ciñendo los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios y poned perfectamente vuestra esperanza en la gracia que os será otorgada en la revelación de Jesucristo; como hijos obedientes, no os conforméis a los malos deseos que teníais antes, en el tiempo de vuestra ignorancia; sino, como el que os llamó es santo, sed santos vosotros también en toda vuestra conducta; porque está escrito: Sed santos, porque yo soy santo» (v. 13-16).

A partir del versículo 13 tenemos las exhortaciones que se desprenden de las verdades proclamadas en los versículos 1-12 de este capítulo. En resumen, todas las exhortaciones de esta Epístola no son otra cosa que la exposición de la obediencia, del caminar, de la conducta de Cristo (v. 2, 15), y en consecuencia de la nuestra. Toda la Epístola nos habla así de los sufrimientos de Cristo y de las glorias que les siguieron, y nos compromete a los mismos sufrimientos, pero con la esperanza de unas glorias que aún no hemos alcanzado como él. Estos creyentes judíos están exhortados primero a «ceñir los lomos de su entendimiento»: La verdad, la Palabra, es en Efesios 6 el ceñimiento de nuestros lomos para la *batalla*; aquí es el ceñimiento de nuestro entendimiento para la *marcha*. En ambos casos, este cinturón es indispensable para nosotros. Una segunda exhortación es: «ser sobrios». Si nos dejamos llevar por las cosas del mundo que embriagan el alma, perdemos la fuerza para caminar en la obediencia, porque la obediencia siempre nos separa de lo que el mundo podría

ofrecernos. En este estado, con los lomos ceñidos y la sobriedad, somos capaces de esperar perfectamente, aunque aún no lo hayamos alcanzado, el favor que se nos brindará en la revelación de Jesucristo. Esta gracia es una cosa siempre presente ante nosotros porque se realiza por la fe, y nada puede quitarla de nuestros corazones. Ella nos será traída en la revelación de Jesucristo. No es así como lo considera el apóstol Pablo cuando dice que hemos encontrado acceso por la fe a esa gracia o favor en el que nos encontramos, pero es tan perfecto en un caso como en el otro. El ceñimiento de nuestros lomos y la sobriedad nos permiten considerar esta revelación de Jesucristo no solo con tranquilidad, sino con una superabundancia de gozo.

V. 14. Ya hemos subrayado en el versículo 2 de este capítulo el papel crucial de la obediencia en la vida de los elegidos. En este versículo se exhorta a los santos a ser "hijos de obediencia" y en el versículo 22 es el medio para «purificar nuestras almas». Los «hijos de obediencia» son guardados de las codicias de antaño durante su ignorancia. Obedecer es hacer la voluntad de Dios, y ¿cómo puede la voluntad de Dios llevarnos al camino de la lujuria? Son las cosas que pertenecían a nuestra vida anterior, transcurrida en la ignorancia de los pensamientos de Dios, y no tienen nada que ver con nuestro conocimiento actual de Aquel en quien nuestros ojos están fijados ahora.

V. 15. ¿Cuál es, pues, el carácter de Cristo, del que nos llamó, habiéndonos elegido? (v. 2). El que nos llamó es santo, separado de todo mal; así debemos ser nosotros si queremos seguir sus pasos. Porque todo este pasaje se refiere a nuestro caminar, a nuestra conducta, y a ello vuelven todas las exhortaciones de esta Epístola. La santidad es un requisito primordial del carácter de Dios, que quiere asociarnos a Él (Lev. 19:2). Es imposible estar asociado a él sin tener este carácter, por lo que él dice: «Sed santos, porque yo soy santo».

«Y si invocáis como Padre al que sin favoritismo de personas juzga según la obra de cada cual, conducíos con temor en el tiempo de vuestra peregrinación; sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir que vuestros padres os enseñaron, no con cosas corruptibles, como plata u oro, sino con la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero sin defecto y sin mancha» (v. 17-19)

No olvidemos que no solo tratamos con Cristo como el que nos llamó, sino con Dios al que llamamos como nuestro Padre. Sin duda, este Padre no es juez para nosotros, pero, como dice aquí, «juzga según la obra de cada cual». No discrimina entre personas; aprecia todas las cosas sin parcialidad hacia sus hijos. Tales son los

principios del gobierno de Dios sobre todos los hombres. Nuestro Padre es Dios, y el uno no puede separarse del otro. Es este sentimiento el que domina nuestra conducta: «Conducíos con temor en el tiempo de vuestra peregrinación». En el tiempo eterno que seguirá a esta estancia, no habrá más que el disfrute absoluto del amor del Padre por nuestra parte, sin temor a desagradarle, al igual que no habrá juicio alguno por parte de él hacia sus hijos, que entonces serán llevados a la perfección.

Pero (v. 18), hay una segunda razón para nuestra conducta. No solo se trata del Santo y del Dios que, siendo Padre, quiere ser temido. Esta segunda razón es que hemos sido redimidos a un precio de valor infinito: por la preciosa sangre de Cristo. Estos cristianos habían sido liberados, por la sangre de Cristo, ¿de qué? De todo lo que una vez los glorificó como judíos, que sus padres les habían enseñado. Ahora bien, lo que sus padres les enseñaron fue una conducta vana, pues es imposible que el pecador, judío o gentil, sin redención, se comporte de una manera que no conduzca al juicio eterno. Por lo tanto, habían sido redimidos de esta conducta pasada para ser introducidos en una conducta totalmente nueva, la de Cristo hombre aquí abajo. En la raíz de esta redención no había ningún elemento corruptible, como en la redención del israelita, ni plata ni oro ni ninguna otra ofrenda, sino la preciosa sangre del Cordero sin mancha y sin defecto, prefigurada en el tipo por el cordero pascual.

«Predestinado antes de la fundación del mundo, pero manifestado al fin de los tiempos a causa de vosotros, que por él ahora creéis en Dios, quien lo resucitó de entre los muertos y le dio gloria, para que vuestra fe y esperanza estén en Dios» (v. 20-21).

Este Cordero había sido conocido mucho antes de la redención de Egipto, pues era anterior a la fundación del mundo. Así fue para aquellos cristianos que salieron del judaísmo, como vimos en el versículo 2 de este capítulo. Qué cosa tan maravillosa es ser objeto de los consejos eternos de Dios, y tan completamente como el propio Salvador. Pero no fue hasta el final de los tiempos que se manifestó a estos cristianos judíos, pues todo el pasaje se dirige a ellos solamente. Fue por ellos que se hizo esta gran obra. Por medio de él creyeron en Dios, sin el cual esta obra no podría haber tenido lugar; aquel que, como recompensa por el sacrificio de su Hijo, lo había resucitado de entre los muertos y lo había llevado a la gloria, de modo que su fe y su esperanza estaban en Dios. El Padre y el Hijo estaban igualmente interesados en la obra de su salvación, el Hijo por su sangre, el Padre por la resurrección y la gloria, de modo que Dios era el autor de la obra, y la fe de estos hebreos y su esperanza tenían un fundamento común. El apóstol parte aquí de la resurrección de Cristo y de la gloria que Dios le ha dado, pero no considera a aquellos a los que habla como

resucitados con Cristo y sentados con él en los lugares celestiales. Ellos, teniendo a un Cristo celestial como objeto de su fe y esperanza, están obligados a caminar aquí como él caminó allí.

«Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, para un amor fraternal sincero, amaos de todo corazón unos a otros con fervor; no habiendo renacido de simiente corruptible, sino incorruptible, por la Palabra viva y permanente de Dios. Porque toda carne es como la hierba, y toda su gloria como la flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae, pero la Palabra del Señor permanece para siempre. Y esta es la Palabra que os fue anunciada» (v. 22-25).

Lo que iba a caracterizar a estos creyentes era el mismo camino que Cristo, «la obediencia a la verdad»; la verdad, la mente de Dios, teniendo derechos absolutos sobre nuestros corazones. Así fue con el hombre perfecto, Cristo Jesús, pero él no necesitó, como nosotros, la obediencia a la verdad para purificar su alma. Se regía por la verdad; ¿no era él mismo «el camino, y la verdad, y la vida»? (vean Juan 14:6). En cuanto a nosotros, esta obediencia a la verdad purifica nuestras almas y les impide ir tras objetos contrarios a la santidad de Dios. La consecuencia es que todo objeto ajeno al carácter de Dios es desterrado del corazón. Ahora bien, el carácter de Dios es el amor, y nosotros realizamos este amor dirigiendo nuestro afecto hacia los hermanos, hacia aquellos a quienes Dios ama. En el cristiano, en consonancia con su carácter, este afecto es real, sin hipocresía, no dándose apariencias que no corresponden a la realidad. Tiene ardor y proviene de corazones en los que la profanación no tiene cabida. Esto era tanto más importante de decir porque estos creyentes estaban siendo transportados fuera de las costumbres estrechas y los intereses egoístas del judaísmo al amplio amor cristiano.

¡Qué diferencia, en efecto (v. 23), entre su posición actual y su estado anterior! Como judíos, la semilla de la que procedían era corruptible. Pertenecían a un pueblo pecador, condenado por el hecho de su origen terrenal y pecaminoso. Pero ahora no tenían nada que ver con su naturaleza anterior. Era un nuevo nacimiento, y la semilla que lo producía era viva y permanente, es decir, que permanecía para siempre: la Palabra de Dios. En cuanto a la semilla corruptible, no quedará nada de ella. Toda la carne es como la hierba; desaparece como la flor de la hierba que brilla por un momento, luego se marchita y cae y solo sirve para el fuego. Así es con el hombre; y maravillosamente así fue con Cristo que vino en gracia para tomar el lugar del hombre y salvarlo (vean Sal. 102:4, 11; 103:15-16; Is. 40:6-8; Sant. 1:11).

La Palabra que se les predicó permanece para siempre. Era la Palabra a la que debían

aferrarse. Es también la única salvaguarda para nosotros, en los días en que Satanás ha logrado poner en duda esta Palabra, debilitando su significado a los ojos y al corazón de los cristianos, hasta declararla altamente irrisoria y sin valor.

Observemos, al concluir este capítulo que, desde el principio de esta Epístola, el Espíritu pone de manifiesto su carácter eminentemente práctico. Se trata de un pueblo peregrino, que deriva su origen de un Cristo resucitado y glorificado, realizando, en todo su caminar aquí, su carácter de pueblo salvado, fuera de todos los principios del judaísmo que quisieran apegarlo a una religión terrenal.

2 - Capítulo 2

«Rechazando, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresías, envidias y toda clase de maledicencias, como niños recién nacidos, desead la leche espiritual pura, para que con ella crezcáis para salvación, si habéis gustado que el Señor es bueno» (v. 1-3).

Vimos en el capítulo 1:2 que la obediencia de Cristo era lo que los cristianos a los que Pedro se dirigía habían elegido. En el versículo 22 del mismo capítulo, la «obediencia a la verdad» era la base de toda su vida práctica. En los capítulos 1:23 y 2:2, el apóstol continúa el mismo tema mostrando que la obediencia cristiana se alimenta de la Palabra de Dios. Estos cristianos eran niños recién nacidos. Todos sus conocimientos judaicos no tenían nada que ver con los conocimientos que habían adquirido hasta ese momento. Por el contrario, debían rechazar todo lo que les había caracterizado en el pasado y que no tenía cabida en su nueva vida: «Rechazando, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresías, envidias y toda clase de maledicencias». Debían anhelar una sola cosa, la Palabra, la «leche espiritual pura», el alimento puro y completo del recién nacido.

El nuevo nacimiento es aquí el comienzo normal del crecimiento; no se trata, como en Hebreos 5:11-12, de lo que habían llegado a ser, habiendo retrocedido, en lugar de avanzar al estado de hombres hechos (Hebr. 5:14; 6:1); sino de lo que eran como consecuencia de su elección. Esta palabra no era una colección de ordenanzas ineficaces, sino «leche espiritual pura» que contenía toda la verdad, sin ninguna mezcla, sin ningún elemento extraño. No hay un solo pasaje en esta Palabra perfecta que no alimente el alma con cosas divinamente excelentes. Por medio de ella se crece hacia la salvación, es decir, en el conocimiento de lo que implica la salvación, lo único, en la Epístola de Pedro, que el alma de un cristiano peregrino y viajero posee aquí,

como una realidad divina (1:9). Para crecer en la salvación por medio de esta leche intelectual, solo es indispensable una cosa: hay que haber «gustado que el Señor es bueno»; el corazón y los afectos deben estar comprometidos con su seguimiento. En cuanto creo haber encontrado otras cosas en la tierra buenas que Él, ya no puedo crecer hacia la salvación y mi desarrollo espiritual está necesariamente detenido.

«Acercándoos a él, piedra viva, rechazada ciertamente por los hombres, pero escogida y preciosa ante Dios, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual, un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por Jesucristo. Porque encontramos en la Escritura: He aquí, pongo en Sion una piedra angular, escogida, preciosa; y el que crea en ella jamás será avergonzado. Para vosotros que creéis, tiene gran valor; pero para los que no creen, la piedra que los edificadores rechazaron ha llegado a ser cabeza de ángulo, piedra de tropiezo y roca de escándalo; porque siendo desobedientes ellos tropiezan con la Palabra; a lo cual también fueron destinados» (v. 4-8).

Pero aquí hay una nueva función enseñada por el apóstol a aquellos cristianos que habían salido del judaísmo para pertenecer a Cristo y a su salvación. Tenían un lugar en la tierra en conexión con Cristo y la Casa de Dios. Cristo es la piedra viva que los hombres han rechazado (Mat. 21:42, 44; Sal. 118:22-23). Aplastará a aquel sobre el que caiga; pero nosotros (aquellos cristianos judíos en particular), lejos de estar asociados con los hombres que la rechazaron, la hemos considerado por gracia como elegida y preciosa para Dios y nos hemos acercado a ella. En ella, la Piedra Viva, encontramos la vida y así nos convertimos nosotros mismos en piedras vivas. Ahora tenemos la bendición de formar parte de la casa espiritual que está construyendo. Esta casa es una casa sacerdotal de la que la casa de sacrificios judía es el tipo. Esta es la Iglesia, la Casa de Dios, como se le reveló al propio Pedro en el capítulo 16 de Mateo. Era una verdad nueva, basada en la revelación del Hijo del Dios vivo, y sustituía a la Asamblea de Cristo, compuesta de piedras vivas, por un pueblo según la carne, que como tal no podía estar ante Dios. La función de este santo sacerdocio es ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo. ¡Qué gozo supuso para estos creyentes, que habían salido del judaísmo, verse inmediatamente elevados a los más altos cargos que su religión podía imaginar!; y, mucho más que eso, no formar parte de un sacerdocio perecedero, ofreciendo sacrificios carnales, sino de un sacerdocio espiritual, ofreciendo alabanzas aceptables a Dios por medio de Jesucristo! Esto les dio una calidad en la tierra que superó, como el cielo superó a la tierra, todo lo que el más alto judaísmo había concebido.

Esta piedra maestra del ángulo fue colocada en Sion, el monte de la gracia, no en el

Sinaí, el monte de la Ley. Era un fundamento seguro para todos los que creían en él (Is. 28:16). Los que la rechazaron son llamados «desobedientes», en contradicción con el carácter de creyentes que hemos señalado desde el principio de esta Epístola. Esta desobediencia era entonces como lo es ahora y lo será hasta el final: «Tropiezan con la Palabra; a lo cual también fueron destinados». Todas las objeciones actuales a la autoridad de las Escrituras deben buscarse en el espíritu de desobediencia que no se somete a Dios y que, por desgracia, sufrirá las consecuencias eternas.

«Pero vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para que anunciéis las virtudes del que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable; los que en otro tiempo no erais pueblo, pero ahora sois pueblo de Dios; los que no habíais obtenido misericordia, pero ahora habéis obtenido misericordia» (v. 9-10).

En contraste con estas personas desobedientes, el apóstol da testimonio de los cristianos a los que dirige su Epístola. Les expone lo que la gracia había hecho por ellos y para qué los había llamado Dios. En primer lugar, la gracia los había revestido de 4 características, que nos fueron presentadas al principio del primer capítulo. **1.** Eran una raza elegida según la presciencia de Dios Padre (comp. con 1:2); **2.** eran un sacerdocio real, que excedía el sacerdocio santo del versículo 5; un sacerdocio que compartía la realeza con el Sumo Sacerdote a la cabeza; **3.** eran una nación santa; a la que el pueblo, puesto bajo la Ley, había perdido todo derecho para siempre. ¿No les había dicho Jehová en el monte Sinaí?: «Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos… Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa… ¿Y no respondió el pueblo?: «Todo lo que Jehová ha dicho, haremos» (Éx. 19:5-8). Pero ahora, bajo la gracia y la elección, recibieron esos títulos que la Ley nunca había podido adquirir para ellos.

Finalmente, **4.** Eran un pueblo adquirido, lo que no podían ser bajo la Ley, donde habían sido declarados Lo-ammi (no mi pueblo) y Lo-ruhama (no obtuvo misericordia) (Oseas 1:6, 9), mientras que bajo la gracia se dice: «Di a tus hermanos, Ammi, y a tus hermanas, Ruhama» (Oseas 2:1).

Ahora bien, el propósito por el que Dios los había adquirido era para que proclamaran las virtudes de Aquel que los había «llamado de las tinieblas a su luz admirable». ¡Cómo caracterizan estas palabras lo que era este pueblo bajo la Ley! Todos los privilegios que se les habían concedido no habían hecho más que espesar las tinieblas en las que el pecado les había sumido. Pero ahora Dios los había llamado «a su luz

admirable»; maravillosa, por cierto, ya que colocó al hombre sin rastro de pecado en la santa presencia de un Dios que dijo: «De sus pecados no me acordaré más» (Hebr. 8:12).

«Amados, os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que guerrean contra el alma; teniendo una buena conducta entre los gentiles; para que en lo que os calumnian, como a malhechores, observando vuestras buenas obras, glorifiquen a Dios en el día de la visitación» (v. 11-12).

La exhortación del apóstol trata, en primer lugar, de la relación de estos cristianos con las naciones entre las que estaban dispersos. Separados de su pueblo según la carne, eran como forasteros en medio de las naciones, y estas los consideraban extranjeros. De hecho, ya no pertenecían a ninguno de ellos. ¿Cuál era entonces su testimonio? Abstención completa de los deseos carnales, que ni los judíos ni los gentiles, a causa de la carne que había en ellos, eran capaces de repudiar. Estas codicias «guerrean contra el alma». La cosa era tanto más urgente para ellos cuanto que, como hemos visto (1:9), solo poseían de la salvación "la salvación de las almas". y si sus almas sucumbían a la codicia, su testimonio cristiano quedaba anulado a los ojos de los hombres. Por lo tanto, era necesario que tuvieran «una buena conducta entre los gentiles», una conducta con un objetivo declarado, conocido por todos los hombres, y con nada más que el bien en mente. Si los gentiles que los rodeaban, a la vista de esta trayectoria y de la dirección pura de su conducta, los calumniaban y acusaban de hacer el mal (y estas acusaciones contra los cristianos honestos y consecuentes no han cambiado desde entonces), llegaría un día en que sus acusadores, visitados ellos mismos en gracia por el Señor, darían gloria a Dios, recordando las buenas obras que habían estallado ante sus ojos por la conducta de estos testigos fieles, a los que habían tenido la maldad de calumniar.

«Someteos a toda autoridad humana, por causa del Señor; ya sea al rey, como a superior, o a los gobernadores, como enviados por este para castigo de los malhechores, y para alabanza de los que hacen el bien. Porque así es la voluntad de Dios, que haciendo el bien hagáis enmudecer la ignorancia de los hombres insensatos; como libres, sin hacer de la libertad un velo para cubrir la maldad, sino como siervos de Dios. Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey» (v. 13-17).

Hemos visto que el testimonio de estos cristianos los sacaba por completo de las ideas, los principios y las costumbres judías, pero, siendo igualmente ajenos a las costumbres de las naciones, como vemos en los versículos 11 y 12, uno habría pen-

sado que se animarían a desafiar el orden y el gobierno de los hombres. Este no fue el caso. Debían someterse a toda orden humana por amor al Señor. Su amor reconocía en Cristo no solo al Salvador, sino al Señor, y el amor a Él regulaba todo su trato con los hombres, según el orden del gobierno de Dios. En primer lugar, debían estar sometidos al rey como poseedor de la dignidad suprema en este mundo y de la primacía, sobre todo; luego a los gobernantes como enviados por la autoridad para castigar a los malvados y alabar a los que hacen el bien. Pero, se puede objetar, ¿si en lugar de alabarlos, los persiguen? Esto no cambia nuestras obligaciones con Dios. Solo tenemos que hacer el bien para cerrar las bocas de los hombres. Su carácter es que no tienen sentido común y no pueden distinguir entre el bien y el mal: «Si he hablado mal», dice el Señor, «da testimonio del mal; pero si bien, ¿por qué me golpeas?» (Juan 18:23). Esta sumisión a la autoridad no tiene nada que ver con la cobardía servil; al contrario, somos libres y no estamos esclavizados a los hombres. Nuestra libertad no fomenta en absoluto la maldad, ni sirve de velo para ella, sino que nos hace esclavos de Dios que saben que todo lo bueno está incluido en esta esclavitud. Así, toda nuestra vida vuelve a la «obediencia a Cristo», regla absoluta de la vida cristiana en esta Epístola.

Nuestra actitud hacia las autoridades se resume así: Honra a todos los hombres y no solo a los de las naciones cuando se presenta la ocasión; ama a todos los hermanos, como ya se presentó en el versículo 22 del capítulo 1; teme a Dios, actitud que siempre está dirigida por el deseo de honrarlo y agradarlo, así como por el temor de desagradarlo –finalmente: honra al rey cuya dignidad representa a Dios aquí.

«Criados, someteos con todo respeto a vuestros amos, no solo a los buenos y benignos, sino también a los que son ásperos. Porque esto merece aprobación, si a causa de la conciencia ante Dios alguien soporta agravios, padeciendo injustamente. Porque, ¿qué gloria hay si soportáis ser maltratados por haber pecado? Pero si haciendo el bien padecéis y lo soportáis, esto es digno de alabanza ante Dios. Porque para esto fuisteis llamados; pues también Cristo padeció por vosotros, dejándoos un ejemplo para que sigáis sus huellas; el cual no hizo pecado, ni fue hallado engaño en su boca; quien, siendo insultado, no respondía con insultos; cuando sufría, no amenazaba, sino que encomendaba su causa a aquel que juzga justamente. Él mismo llevó en su cuerpo nuestros pecados sobre el madero, para que nosotros, muriendo a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados. Porque erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Guardián de vuestras almas» (v. 18-25).

En lo anterior, el apóstol había tratado (v. 11-12) de su conducta personal entre los

gentiles, y luego (v. 13-17) de su conducta hacia las autoridades, hacia los hombres en general, y hacia Dios mismo como testigo. Tras dirigirse a todos ellos, insistiendo en el temor a Dios, entra en la cuestión de las relaciones domésticas: siervos, esposas, maridos (v. 18; 3:7). Dirige sus primeras exhortaciones a los humildes, a los que están sometidos, ya sea como esclavos o como simples siervos. El temor de Dios se manifestará en ellos ante todo en la sumisión a sus amos con todo temor. Y es aquí, lo más precioso, que desarrolla aún más el carácter de Cristo para que sea su estímulo. Los siervos ven a Dios a través de sus amos; y esto es aún más importante de notar porque los amos pueden ser desagradables (v. 18). Ahora bien, es una gracia especial soportar las aflicciones por conciencia hacia Dios, cuando estos sufrimientos son injustos. Lo mejor no es sufrir, sino sufrir haciendo el bien. Esto es motivo de gloria y alabanza ante Dios, pues es el camino de Cristo. Ser un siervo, hacer el bien, sufrir por hacer el bien, ¿no es este su camino? Y este camino es digno de alabanza ante Dios, porque, dice, a esto hemos sido llamados, es decir, al camino de Cristo.

Ahora bien, observen que toda la Epístola gira en torno a esta verdad; de modo que si busco cuál debe ser mi camino en este mundo, la respuesta es simplemente, Cristo. –Cristo obediente, Cristo sumiso, Cristo haciendo el bien, Cristo sufriendo porque lo hace. Hasta ahora hemos dejado claro que el primer carácter del caminar cristiano es la obediencia de Jesucristo, pero, a partir del versículo 19 de este capítulo 2, el apóstol nos muestra, hasta el final de la Epístola, que el sufrimiento es inseparable de la obediencia y que es motivo de gloria para nosotros porque ha caracterizado a nuestro amado Salvador hasta el final en su camino de fidelidad y en su camino de amor [2]. Es, por tanto, a esto a lo que hemos sido llamados. Acaso Cristo no sufrió por nosotros, y eso fue la salvación, pero al mismo tiempo es un modelo a seguir para nosotros. Así que primero la inimitable Víctima, luego el Modelo, y ¿qué aprendemos en esta escuela? Este modelo es perfecto.

[2] NdT. Desde el capítulo 2:19 hasta el final de la Epístola se menciona el sufrimiento 15 veces.

Solo él (v. 22) no cometió ningún pecado y no había en él más que justicia perfecta en cada palabra de su boca. Es como un Siervo que es tratado a lo largo del pasaje en cuestión (Is. 52:13), y como Uno en quien no había engaño (Is. 53:9). La perfección del sufrimiento fue sufrir por los que le reprochaban y pasar por todo hasta la cruz (v. 24), donde llevó nuestros pecados, para que, habiendo acabado con los pecados mediante la muerte, pudiéramos ahora «vivir justamente», teniendo una

vida que solo tiene en cuenta la justicia, es decir, según el Antiguo Testamento, la ausencia total de pecado en nuestros caminos. Esta justicia se manifiesta en nuestro carácter diario de siervos. Por sus heridas hemos sido curados (Is. 53:5). Este fue el resultado de sus sufrimientos por aquellos judíos que se convirtieron en cristianos. Eran como ovejas errantes sin pastor; él había venido a reunirlas, entregándose por ellas. Ahora, al convertirse en cristianos, habían vuelto al Pastor y Supervisor de sus almas. El propio Pedro, el supervisor, podía hablar bien de esto, pues había oído de la boca de Cristo las palabras: «Apacienta mis ovejas» (Juan 21:17).

3 - Capítulo 3

«Igualmente vosotras, esposas, estad sumisas a vuestros maridos para que aun si alguno no obedece a la Palabra, sea ganado sin palabra por la conducta de su esposa, al observar vuestra conducta casta y respetuosa. Que vuestro atavío no sea exterior: trenzado de cabellos, adornos de oro, o vestidos lujosos, sino el de la persona interior, del corazón, en el atavío incorruptible de un espíritu afable y apacible, que es de gran valor ante Dios. Porque así también se ataviaban en tiempos pasados las santas mujeres que esperaban en Dios, estando sumisas a sus maridos, como Sara obedeció a Abraham, llamándole señor; cuyas hijas sois vosotras, haciendo el bien y no temiendo ninguna amenaza» (v. 1-6).

Ya hemos visto que el apóstol hace hincapié en la *conducta* (2:12), pero sobre todo aquí, donde el testimonio público que se le confía a la mujer no consiste en lo que pueda decir, ni en su adorno, sino en la persona oculta del corazón. Estas mujeres a las que se dirigía el apóstol podían estar ligadas a maridos judíos sobre los que la Palabra de Cristo no había tenido todavía ninguna influencia, de ahí lo que se dice aquí: «Si alguno no obedece a la Palabra» (v. 1). Ahora hemos visto que lo que distinguía al cristianismo del judaísmo era precisamente esta obediencia llamada en 1:2 la obediencia de Jesucristo. Al admitir esta incredulidad y desobediencia a Cristo en el marido, la esposa podía tener la tentación de convencerlo hablando con él, de razonar con su marido para ganarlo a la verdad; pero la esposa debía convencerse de que su marido podía ser convertido y ganado por su propia conducta, sin palabras, y porque tenía ante sus ojos una conducta pura, libre de las contaminaciones del mundo, y dirigida por el temor de Dios (2:17). Lo que debía distinguir a la mujer cristiana no era un adorno como el que busca el mundo, sino un adorno incorruptible, no del cuerpo sino del espíritu, caracterizado por la mansedumbre y la paz que

ante Dios es de gran valor. Este era el carácter de las mujeres santas de antaño. Su costumbre era la sumisión a sus maridos; tenían el ejemplo de Sara, de la que se habían convertido en cristianas, y no temían nada, haciendo el bien. ¿Acaso «hacer el bien» no caracteriza la conducta de Cristo en el mismo grado que la obediencia? (3:6; 2:20; Hec. 10:38).

«De igual manera vosotros, maridos, vivid con ellas con inteligencia, como con un vaso más frágil; dándoles honor como a las que también son coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no sean interrumpidas» (v. 7).

El apóstol se dirige ahora a los maridos cristianos de esposas cristianas. El marido cristiano debe convivir con su mujer según el conocimiento, compartiendo con ella los intereses de Dios y de Cristo, sin despreciarla en absoluto, pero teniendo en cuenta que el vaso femenino no tiene la resistencia del masculino, y debe ser tratado con delicadeza. La mujer no debe ser tratada con desprecio de ninguna manera. Hay que honrarla. ¿Acaso los esposos y las esposas no tienen un patrimonio común, donde uno no es más privilegiado que el otro? Nuestras oraciones comunes se verían interrumpidas si el marido tuviera un dominio en el que solo él pudiera entrar y al que su mujer fuera ajena.

«En fin, tened todos un mismo sentimiento, compasivos, fraternales, misericordiosos y humildes; no devolviendo mal por mal, o maldición por maldición, sino al contrario, bendiciendo; porque para eso fuisteis llamados, para heredar bendición. Porque el que quiere amar la vida y ver días buenos, refrene su lengua de mal y sus labios de decir engaños; apártese del mal y haga el bien; busque la paz y sígala. Porque los ojos del SEÑOR están sobre los justos, y sus oídos a sus oraciones; pero el rostro del SEÑOR está contra los que hacen el mal» (v. 8-12).

Ahora el apóstol los incluye a todos indistintamente en una categoría común, la de la familia cristiana. El cuadro que nos presenta nos detiene en cada palabra, por así decirlo, y, aunque cita extensamente el Antiguo Testamento, deja claro, como veremos, la imposibilidad para el pueblo judío de reproducir tal cuadro.

Tengan un solo sentimiento. Esta es la realización práctica del amor, que no puede descubrir en nuestros hermanos ninguna ocasión de divergencia y corta todas las disputas. *Simpáticos.* Solo el apego a Cristo puede llevarnos a ayudar al más pequeño de nuestros hermanos (Mat. 25:38-40). *Fraternales.* Esta sensación es aún más íntima. Mis hermanos son muy queridos, tanto porque son de la familia de Cristo como porque yo soy de la misma familia. *Compasivo.* Usar la gracia para ayudar a los que sufren y tal vez no merecen ayuda. *Humilde.* La misericordia no se uti-

liza para hacerme quedar bien. La comunión con el Señor me ha mostrado lo que soy, y sin esfuerzo he podido ocupar el último lugar. No devolviendo mal por mal, ni ultraje por ultraje, sino por el contrario bendiciendo. El espíritu de venganza es absolutamente ajeno al corazón. Los que nos desean el mal solo reciben a cambio bendiciones, porque nuestra herencia es la bendición, como en el versículo 7 era la gracia de la vida. Una herencia así no tiene lugar reservado para el mal. La herencia ocupa un gran lugar en las Epístolas de Pedro porque, como ya hemos dicho, la única bendición presente es la salvación de su alma, y no tiene, ni en la tierra ni en el cielo, la entrada en posesión de las bendiciones presentes. Somos regenerados para esa herencia futura (cap. 1:4); estamos llamados a heredar la bendición (3:9), la gracia de la vida (3:7). El pasaje del Salmo 34:12-16 citado a continuación es de gran importancia para nosotros. Nos enseña a alejar la lengua del mal, si queremos amar la vida y ver los días felices; a alejarnos del mal y hacer el bien, no siendo suficiente la primera de estas condiciones; a buscar la paz y, si huye, a perseguirla. Luego nos muestra que los ojos del Señor están sobre los justos; que sus oídos los escuchan; que su rostro está contra los que hacen el mal.

Todo se reduce a *hacer el bien*, cosa que el Señor, yendo de un lugar a otro, según las palabras de Pedro a Cornelio, siempre hacía (Hec. 10:38). Y, de hecho, toda la exhortación del apóstol en esta Epístola se reduce a esto: "Seguir a Cristo aquí".

La cita del Salmo 34 es tanto más sorprendente cuanto que solo habla de Cristo y del resto fiel que sigue sus pasos. La nación judía, como tal, no tiene participación en estas bendiciones. He llamado a este Salmo "un Salmo de Cristo" (vean v. 4, 6, 8, 11, 19, 20, 21), pero también es un Salmo del Remanente fiel que sigue sus pasos (v. 5, 7, 9, 15, 22). ¡Qué apropiada es esta cita aquí, donde se muestra que solo los cristianos son capaces de seguir el andar, la conducta y el carácter del Salvador en la tierra!

«¿Y quién es aquel que os hará daño, si sois celosos favorecedores del bien? Pero si incluso padecéis a causa de la justicia, dichosos sois. No temáis lo que ellos temen, ni os turbéis; sino santificad a Cristo como Señor en vuestros corazones; y estad siempre dispuestos a responder con bondad y respeto a todo el que os pida razón de la esperanza que hay en vosotros; con buena conciencia, para que en lo que os calumnian, se avergüencen los que denigran vuestra buena conducta en Cristo» (v. 13-16).

Como acabamos de decir: "Seguir a Cristo en la tierra" fue el pensamiento que persiguió al apóstol Pedro, este querido siervo de Dios, a lo largo de su carrera. ¿No le

dijo el Señor antes de dejarlo?: «¡Sígueme tú!» (Juan 21:22). Y ¡qué oportuna es esta exhortación en una Epístola llena de la peregrinación cristiana, que llama al creyente extranjero y forastero! Él era el que es bueno; ¿quién podría perjudicarnos si le imitamos? Pero en realidad Él sufrió y padeció por la justicia, es decir, para mantener, mediante la ausencia absoluta de pecado, el carácter de Dios en relación con un mundo injusto. Si vamos a seguir este camino, ¿nos quejaremos? Es el camino de Cristo; consideremos que es una bendición seguirlo. ¿Debemos temer sufrir así? ¡De ninguna manera! ¿Acaso no dijo el profeta Isaías?: «No temáis lo que ellos temen, ni tengáis miedo. A Jehová de los ejércitos, a él santificad; sea él vuestro temor, y él sea vuestro miedo» (Is. 8:12-13). Dios está con nosotros; ellos serán resquebrajados. Mi secreto es que Él es mi único recurso. Esta actitud (v. 15) me hace libre para responder a todos los que me preguntan la razón de mi esperanza, pero debo hacerlo «con bondad y respeto». No tengo que adoptar una postura agresiva hacia este mundo hostil. Esto es lo que han hecho más de una vez los que conocen la verdad, sin conocerse a sí mismos. El mundo los llama orgullosos, y no sin razón; esto no es propio de un siervo. Además, debemos mostrar el temor de Dios en nuestras palabras y en todas las cosas, mientras que se nos dice (v. 14) que no debemos temer sus temores.

¡Cuánto este pensamiento: el temor! Llena nuestro texto. Caracteriza a la mujer cristiana (v. 2, 6). Es la base de todas las perfecciones de los versículos 8-13. En el versículo 14, es la fuente de la ausencia total de temor al mundo. Esta respuesta amable y temerosa cuando se nos cuestiona sobre nuestra esperanza puede cubrir de confusión a los que «calumnian» nuestra buena conducta en Cristo (pues la conducta cristiana sigue siendo el gran tema presentado aquí por el apóstol) y puede llevarlos a descubrir la falsedad de los que nos calumnian como malhechores. De este modo, los cristianos judíos a los que se dirige esta Epístola se diferenciaban de los inconversos de su nación.

«Porque es mejor padecer haciendo bien, si así lo quiere la voluntad de Dios, que haciendo mal. Porque también Cristo murió una vez por los pecados, [el] justo por los injustos, para llevarnos a Dios, sufriendo la muerte en su carne, pero vivificado por el Espíritu» (v. 17-18).

Puede que la voluntad de Dios sea que suframos, pero ¿sufriremos por hacer el bien o el mal? En el último caso, nuestro sufrimiento puede ser ordenado por Dios como disciplina; en el primer caso, nos da comunión con el caminar de Cristo en la tierra. Este caminar de Cristo le llevó a sufrir una vez por los pecados [3] (por no hablar de una vida en la que cada paso era un sufrimiento) él *justo* (tal es su carácter absoluto)

por los injustos (tal es nuestro carácter igualmente absoluto) *para llevarnos* a Dios. Aquí tenemos el propósito de todos sus sufrimientos.

> [3] El apóstol Pedro nunca habla, como Pablo, del pecado como estado, sino de los pecados como actos.

A nosotros se nos da el poder de sufrir por hacer el bien; él también lo hizo en su absoluta perfección; pero solo él pudo sufrir para reconciliarnos con Dios, para que fuéramos hijos de Dios. Su obra en nuestro favor tiene 2 vertientes: **1.** Fue sometido *a la muerte en la carne*; pasó por la condena absoluta que nos correspondía por nuestros pecados y que solo podía acabar en la muerte. **2.** Pero pasó al otro lado de la condena; fue *vivificado por el Espíritu*. El Espíritu encontró a este hombre en la muerte y le dio la vida, una vida que triunfa para siempre sobre la muerte y el pecado.

«Por el cual también fue y predicó a los espíritus en prisión, los que en otro tiempo desobedecieron, cuando la paciencia de Dios esperaba en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocos, es decir, ocho personas, fueron salvadas a través del agua» (v. 19-20).

Como vimos en el versículo 18 el papel del Espíritu en la resurrección de Cristo, lo vemos en el inicio del juicio de la creación de entonces y su renovación a través de las aguas del diluvio. Fue por el Espíritu que Cristo había ido una vez a advertir a los incrédulos, que, según el carácter de toda esta Epístola, son llamados los desobedientes, y que Dios había soportado pacientemente hasta entonces. El Espíritu que habló a estos incrédulos a través de Noé para salvarlos del desastre final, era el mismo Espíritu que había proclamado la salvación lograda por la resurrección de Cristo de entre los muertos. Dios había mostrado toda su paciencia con el mundo en ese momento, pero llega un momento en que la paciencia se acaba. El arca que Noé y sus hijos habían tardado tantos años en construir era la predicación de Noé. «Condenó al mundo» (vean Hebr. 11:7) sin necesidad de palabras para explicarse, y lo que parecía una tontería para los incrédulos fue lo que salvó al patriarca y a su familia a través de las aguas de la muerte.

Estos hombres pudieron ser salvados por la fe de la misma manera que nosotros; ahora son «espíritus en prisión». Despojados de sus cuerpos, son retenidos en el Hades, en el "gran abismo infranqueable firmemente establecido" (vean Lucas 16:26), entre creyentes e incrédulos, esperando el juicio del gran día. La generación creyente de Set había sido sacada del desastre a tiempo. Solo 8 personas se habían salvado,

pero a través de la *muerte* que siempre representa el agua en la Palabra, a la vez que significa la *vida* en la que la muerte introduce al creyente. Así ocurrió con los destinatarios de esta Epístola. Habían salido de la masa de incrédulos por gracia, para pertenecer a una nueva generación, en la misma víspera del juicio que iba a caer sobre la nación judía incrédula.

«Este antitipo del bautismo también ahora salva (este no quita la inmundicia de la carne, sino la petición a Dios de una buena conciencia) por la resurrección de Jesucristo, quien habiendo ido al cielo, está a la diestra de Dios; a él están sometidos ángeles, autoridades y potestades» (v. 21-22).

Todo esto era una imagen. En primer lugar, la salvación de algunos sigue siendo una verdad crucial, como lo fue en el momento del diluvio, una verdad que es aún más importante porque estos cristianos estaban en vísperas de ver el colapso de su nación bajo el juicio. A continuación, el apóstol insiste en la verdad crucial de que somos salvos a través del agua. O el agua, la muerte, nos traga, o nos salva cuando tenemos el arca como refugio. Pero esta misma figura, el agua de la muerte, también nos salva ahora. ¡Qué importante era presentar esto a los judíos que se habían hecho cristianos! Habían salido del judaísmo a través del bautismo, que era lo mismo que había salvado a Noé y a su pueblo: Si un judío no se bautizaba, no se salvaba en absoluto. Por eso el apóstol dice: os salva (no a nosotros). Y añade: «Ahora salva», refiriéndose al diluvio de antaño. Los judíos también tenían un agua de purificación, pero solo los despojaba de la suciedad de la carne, mientras que el bautismo cristiano era algo muy diferente. En el bautismo, que significa la muerte de Cristo, el hombre pide tener una buena conciencia, siendo salvado, a través de la muerte, por la resurrección de Aquel con quien pasó por la muerte. Este fue el caso del diluvio. El arca, un Cristo que ha pasado por la muerte, lleva en resurrección al otro lado a los que han encontrado su refugio en Él. Como el arca en el monte Ararat, nuestra arca se ha detenido en la cima. El trabajo está completo; puedo tener la conciencia tranquila. Dios ya no se acuerda de mis pecados y el que me da esta buena conciencia está en el cielo. No estoy allí ahora, según la doctrina del apóstol Pedro, aunque tengo la feliz y completa certeza de que la obra que me dará acceso a ella está hecha para siempre. El que ha adquirido esta porción para mí está a la derecha de Dios, teniendo ángeles, autoridades y poderes bajo sus pies. Aquí es donde me lleva el bautismo cristiano.

4 - Capítulo 4

«Puesto que Cristo padeció en [la] carne, armaos vosotros también del mismo pensamiento: que el que padeció en [la] carne, ha terminado con el pecado, a fin de que no viváis más tiempo en la carne según los deseos de los hombres, sino conforme a la voluntad de Dios. Porque nos basta haber hecho en el tiempo pasado la voluntad de los gentiles, andando en lascivias, concupiscencias, disipación, orgías, excesos de bebida y abominables idolatrías. Por lo cual a ellos les parece extraño que vosotros no corráis con ellos hacia el mismo desbordamiento de disolución, y os ultrajan; estos darán cuenta a aquel que está preparado para juzgar a vivos y a muertos. Por esto también a los [que ahora están] muertos les fue predicado el Evangelio; para que sean juzgados según los hombres en cuanto a la carne, pero que vivan en espíritu según Dios» (v. 1-6).

Después de la digresión de los versículos 19-22 del capítulo 3, el apóstol vuelve al hecho, mencionado en el versículo 18, de que Cristo fue muerto en la carne, pero vivificado por el Espíritu. La primera verdad, pues, a la que se refiere nuestro versículo 1, es que Cristo padeció una vez por los pecados, el que era justo por los injustos, para llevarnos a Dios, habiendo sido muerto en la carne. Así que Cristo sufrió por nosotros en la carne, incluso hasta la muerte, pero tenemos que armarnos con el pensamiento de que el que sufrió en la carne tuvo descanso del pecado. Este principio es válido para Cristo y para nosotros. Lo único que es cierto de Cristo es que sufrió por nuestros pecados y descansó de ellos tras asumirlos en su carne, sin rastro de pecado. Lo que es cierto para nosotros es que el sufrimiento en la carne al que se aferra el pecado ha terminado, por lo que hemos terminado con el pecado. Los sufrimientos son para nosotros un medio de liberación del pecado que estará en nuestra carne hasta el final, pero que no atacará preferentemente a un hombre demasiado absorto en sus sufrimientos como para tener la tentación de buscar su distracción en el pecado. En este sentido hemos descansado de ella, mientras que Cristo ha descansado de ella al abolirla para los demás. El versículo 2 nos muestra que este es el sentido del pasaje. El descanso solo puede ser parcial para nosotros, pero será mucho más completo cuando el sufrimiento nos lleve a dejar de vivir el resto de nuestro tiempo en la carne para las codicias a las que los hombres están atados por Satanás. Comprendemos, puesto que, a raíz del sufrimiento, este enemigo ya no puede seducirnos, como en el pasado, que debemos obedecer a una voluntad distinta de la suya, la de Dios. ¡Qué condición tan feliz para el cristiano la del sufrimiento!

¿No es suficiente haber seguido en el pasado (toda la historia de Israel lo demuestra), la voluntad de las naciones en lugar de la de Dios, y querríamos volver a empezar? Obsérvese que no está hablando aquí de seguir la voluntad del pueblo judío incrédulo, sino la de las naciones que los rodeaban con todo su libertinaje. Los gentiles, al ver que estos cristianos se habían separado del judaísmo, podrían haber estado bajo la ilusión de que estos conversos caminarían con ellos. Encontraron extraña su abstención de estos malos caminos y los vilipendiaron. De este modo, sufrieron por todos lados. Así, cada vez más, la cuestión de los sufrimientos del cristiano sale a la luz en esta Epístola. Pero los gentiles tendrían que dar cuenta ante el Dios que juzga por sus insultos contra los cristianos. Vivos o muertos, en la aparición del Señor o ante el gran trono blanco, tendrán que enfrentarse al juicio divino. Pero el apóstol vuelve a lo que dijo antes. En la época del diluvio, los que perecieron en ese juicio habían sido evangelizados por los pocos que la gracia había perdonado. Allí se había fijado su destino, pues existía para ellos esta alternativa: o el juicio que se les hace a los hombres por su condición en la carne, o la vida según Dios por el Espíritu de un Cristo muerto y resucitado.

«Pero el fin de todo se ha acercado. Sed, pues, sobrios, y velad en oración. Ante todo, tened ferviente amor entre vosotros; porque el amor cubre multitud de pecados. Sed hospitalarios unos con otros, sin murmurar. Cada cual ponga al servicio de los demás el don que ha recibido, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios. Si alguno habla, sea como oráculo de Dios; si alguno sirve, sea como por la fuerza que Dios da; para que en todo Dios sea glorificado por Jesucristo, a quien es la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén» (v. 7-11).

La mención del diluvio lleva al apóstol a anunciar un acontecimiento mucho más importante y trágico: «El fin de todo se ha acercado». ¿Qué actitud deben tener los cristianos ante este acontecimiento inminente? Sé sobrio. Evita toda intoxicación con las cosas del mundo, algunas de las cuales acaban de ser descritas en los versículos 3 y 4. De todas las cosas que han de disolverse, y de las que el apóstol declara en su Segunda Epístola que no quedará nada, incluso de las más amables, nobles y aparentemente atractivas, ¿merece la pena preocuparse, si no puede quedar nada de ellas? El sueño espiritual, fruto de la mundanidad, es lo que más nos expone al peligro de ser seducidos por estas cosas: Velemos, pues. Pero, ¿para qué deben servir nuestras vigilancias? *Para orar*. El objeto que la oración pone constantemente ante nuestros ojos no solo nuestras necesidades, sino sobre todo a Dios mismo, la persona del Señor Jesús, nuestro amado Salvador. La oración es, por tanto, un medio para escapar de las atracciones del mundo. Pero hay un remedio preventivo aún

más importante, y es la práctica del amor: «Ante todo, tened ferviente amor entre vosotros»: amor entre los hermanos. ¡Feliz posición! Por un lado, una vida de intimidad con Dios, por otro la práctica del amor. ¿Y por qué esto último? El amor nos protege; el amor cubre la multitud de pecados de nuestros hermanos, como cubre los nuestros de parte de ellos. ¿No es esto lo que el amor de Cristo ha hecho por nosotros? Encontramos este mismo pensamiento en Santiago 5:20.

El amor se demuestra de muchas maneras en la práctica: la hospitalidad mutua, la ausencia de queja por ser molestado o puesto en el ejercicio de esa hospitalidad. Nótese esta entrada en el detalle de la vida práctica que se encuentra en gran medida al final de Hebreos (13:2, etc.). No cabe duda de que había una causa especial para estas exhortaciones: los hermanos hebreos eran pobres, ya que habían sido despojados de sus bienes, ¡y vemos en las Epístolas de Pablo hasta qué punto! Todo esto tenía que ver con su relación de amor entre ellos.

Lo mismo ocurre con los dones de gracia recibidos entre los santos. Deben ser utilizados por ellos para «el servicio de los demás». La gracia es variada, pero nosotros somos los dispensadores de ella. Por lo tanto, debemos tener cuidado de cómo y para quién la utilizamos.

En el versículo 11 el apóstol sigue entrando en los detalles del servicio. El que habla no debe hablar de sí mismo ni por sí mismo. Si lo hiciera, sería 1.000 veces mejor que se callara. ¡Qué lección para los que Dios llama a predicar! Es Dios quien debe hablar por nuestra boca. No se trata de una inspiración, sino de una acción del Espíritu de Dios, completamente independiente de las facilidades o talentos humanos. Así era el apóstol Pablo, aparte de la inspiración (1 Cor. 2:1-5).

Incluso en el servicio, nuestras propias fuerzas naturales no son nada. Debe ser «la fuerza que Dios da» la base de toda nuestra actividad para el Señor. Así que hay 2 cosas en este ámbito: la *Palabra* y el *Servicio*. Esto deja al hombre totalmente al margen. De este modo, solo Dios es glorificado en todas las cosas por medio de Jesucristo, que está en el cielo, pero al que sus siervos representan en la tierra. Esta exhortación recuerda a la de Romanos 12:9-21.

Después de estas palabras encontramos lo que los hombres llaman una doxología, o "discurso de gloria". El corazón, arrebatado por la fuerza de lo que acaba de presentar, se eleva en acentos de alabanza a Aquel que es la fuente de la misma, y se pierde en la contemplación de sus glorias eternas: «A quien (Jesucristo) sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén». ¡Cuánto es de desear que nuestros corazones, olvidándose de sí mismos, se dejen llevar más a menudo por la contem-

plación de tal objeto! Además de este ejemplo, el Nuevo Testamento nos presenta otros. El primero en Romanos 11:36: «Porque de él, y por medio de él, y para él son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén». El segundo en Efesios 3:20-21: «¡Y al que es poderoso para hacer infinitamente más que todo lo que pedimos o pensamos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la Iglesia en Cristo Jesús, por todas las generaciones, por los siglos de los siglos! Amén». El tercero, en Apocalipsis 1:6: «A Él sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén». El cuarto se encuentra en 1 Pedro 5:11: «¡A Él sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos! Amén». Con esta gloriosa alabanza terminan los 4 primeros libros de los Salmos del Antiguo Testamento, que han llevado nuestro pensamiento a los sufrimientos de Cristo y a las glorias que iban a seguirles. Estos pasajes son los siguientes:

- «Bendito sea Jehová, el Dios de Israel, por los siglos de los siglos. Amén y amén» (Sal. 41:13).
- «Bendito Jehová Dios, el Dios de Israel, el único que hace maravillas. Bendito su nombre glorioso para siempre, y toda la tierra sea llena de su gloria. Amén y amén» (Sal. 72:18-19).
- «Bendito sea Jehová para siempre. Amén, y amén» (Sal. 89:52).
- «Bendito Jehová Dios de Israel, desde la eternidad y hasta la eternidad; y diga todo el pueblo, Amén. Aleluya» (Sal. 106:48).

«Amados, no os extrañéis de la hoguera que hay en medio de vosotros para probaros, como si alguna cosa extraña os aconteciese; antes gozaos, como partícipes de los sufrimientos de Cristo, para que también os alegréis en él con mucho gozo en la revelación de su gloria. Si sois vituperados por el nombre de Cristo, dichosos [sois]; porque el Espíritu de gloria y de Dios descansa sobre vosotros. Pero ninguno de vosotros sufra como homicida, o ladrón, o malhechor, o como entrometido; pero si [sufre] como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios en este nombre» (v. 12-16).

El apóstol vuelve a los *sufrimientos* que considera en esta Epístola en todos sus aspectos. Aquí se ven como el fuego feroz de la prueba. No tenían que considerarlos como algo extraordinario, pues no debían olvidar que eran para ellos una participación en los sufrimientos de Cristo. Por lo tanto, estas 2 cosas podrían encontrarse en los mismos sufrimientos: la prueba y la comunión de los sufrimientos de Cristo. Por lo tanto, estos cristianos podían regocijarse mientras tuvieran este último carácter;

pero ¡cuál será su gozo! ¡Cuál será su deleite cuando ellos, su pueblo, hayan alcanzado la revelación de su gloria! Obsérvese que no habían alcanzado esta revelación como tampoco habían alcanzado la salvación que, en esta Epístola, sigue siendo una salvación de las almas, como en el capítulo 1. Pero lejos de considerarnos pobres e indigentes, esto nos basta, pues nuestro futuro está perfectamente asegurado. Si ahora tenemos sufrimientos, tenemos la certeza de transportes de gozo cuando se manifieste la gloria.

Insultados por este precioso y magnífico nombre, somos bendecidos. Vemos que la felicidad no se ve perturbada en absoluto por el hecho de que el sufrimiento sea una prueba. El sufrimiento por Cristo es una fuente especial de gozo, porque es la prueba de que el Espíritu de gloria y de Dios descansa sobre nosotros.

El sufrimiento, en cambio, puede verse como un castigo por nuestras malas acciones. El apóstol cita 4 ejemplos, el último de los cuales, algo diferente del primero, se califica con este término: «como entrometido». Este es el carácter de un hombre que pretende tener un derecho de control sobre los asuntos privados de otros que no son de su incumbencia. Tal carácter es odioso y denota una apreciación carnal de la dignidad cristiana, absolutamente ajena a la humildad y a la gracia.

El apóstol opone a tales afirmaciones nuestros sufrimientos como *cristianos*. Solo hay otros 2 casos en los que el cristiano se reviste de este título (Hec. 11:26; 26:28). ¿Debería avergonzarse de esto? Al contrario. Es la gloria de Dios que estemos llamados a glorificarle en este maravilloso nombre.

«Porque [llegó] el tiempo de comenzar el juicio por la Casa de Dios; y si comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de los que no obedecen al Evangelio de Dios? Y si el justo se salva con dificultad, el impío y el pecador ¿dónde aparecerán? Por eso los que sufren según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, haciendo el bien» (v. 17-19).

No olvidemos, al tratar de los *sufrimientos*, que son también la prueba del juicio que cae primero sobre la Casa de Dios. El apóstol añade aquí ese pensamiento del juicio sobre nosotros que ya le ha ocupado. Pero, ¿cuál será el fin de los que desobedecen el Evangelio de Dios? La obediencia o la desobediencia es siempre lo que caracteriza al cristiano o al mundo en esta Epístola. Y si el justo, el cristiano judío al que habla, se salva con dificultad, como lo hará el futuro Remanente de Israel en la gran tribulación, ¿dónde aparecerá el impío y el pecador? Este es el ciclo completo de los sufrimientos que abarca esta Epístola: los sufrimientos de Cristo en la redención, en la simpatía, en virtud de su absoluta perfección; los sufrimientos soportados por los

que le siguen, pero también como prueba y como disciplina; los sufrimientos que caen sobre los impíos y los pecadores.

Los cristianos que sufren de alguna manera según la voluntad de Dios deben, por tanto, entregarle sus almas como a un Dios fiel que desde el principio ordenó todas las cosas para que finalmente nos lleven a parecernos a Cristo en todo nuestro caminar. Este camino se resumió para Cristo y debe resumirse para nosotros en 2 únicas palabras: «*Anduvo haciendo el bien*» y «*Sufrió*».

5 - Capítulo 5

«Exhorto a los ancianos que están entre vosotros, yo que soy anciano con ellos y testigo de los padecimientos de Cristo, y también partícipe de la gloria que ha de ser revelada: Pastoread la grey de Dios que está entre vosotros, velando sobre ella no como obligación, sino con buena voluntad; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como dominando sobre heredades, sino como modelos de la grey; y cuando aparezca el Pastor supremo, recibiréis la corona inmarcesible de gloria» (v. 1-4).

La idea de sufrir por hacer el bien lleva al apóstol a dirigirse (5:1) a aquellos de entre ellos que tenían el cuidado del rebaño. Pedro estaba en comunión especial con ellos, a quien el mismo Señor había designado para este oficio. En estas asambleas de la dispersión, que habían salido del judaísmo y cambiado su nombre por el de cristianos (4:16), había ancianos. No fueron especialmente designados o instituidos; estaban entre el rebaño y el apóstol era un anciano con ellos. Les exhorta a cumplir con sus deberes para con el rebaño que estaba con ellos. No dice "sobre la que estáis establecidos". Lo que caracterizaba a Pedro como anciano con ellos eran 2 cosas: en primer lugar, que era «testigo de los padecimientos de Cristo»; en segundo lugar, que era «partícipe de la gloria que ha de ser revelada». Esto no era propiamente lo que lo calificaba como apóstol. Como tal, había comenzado, al igual que todos los apóstoles, en el bautismo de Juan y había visto al Señor ascender al cielo (Hec. 1:22). Pero lo que lo colocó a la cabeza de los ancianos fue que era un testigo de los sufrimientos de Cristo y podía abarcar todo ese tema, y que podía hablar de la gloria futura incluso antes de que fuera revelada. Este pensamiento concuerda con todo el contenido de la Epístola. La gloria aún no les pertenecía, no les sería revelada hasta más tarde, de modo que no tenían más que *sufrimiento y esperanza*.

El rebaño estaba con los ancianos, no ellos con el rebaño. Esto les asignó su lugar y su importancia relativa, siendo el rebaño más importante que los supervisores del rebaño. Pero ellos, los ancianos, no debían vigilar por obligación. El peligro aquí no era lo que ha llegado a ser en las asambleas de los gentiles: que se asignaran un lugar separado por encima del rebaño, una triste característica de todos los clérigos, sino que consideraran su tarea como impuesta y no voluntaria, y así perdieran el beneficio de la libre devoción al Señor y a su rebaño. Pedro lo había aprendido por sí mismo cuando, humillado y restaurado, había recibido el cuidado del rebaño como signo de especial confianza del Señor que se lo había dado para apacentar.

Es posible que en el corazón de estos ancianos hubiera otros sentimientos que el de la obligación. Podían desempeñar sus funciones con fines lucrativos. La ganancia se califica aquí de vergonzosa (vean Tito 1:11) y siempre lo será cuando no solo sea el objetivo, sino algún motivo del servicio. Las cosas vergonzosas deberían hacernos sonrojar y esconder la cara, tan incompatibles son con el servicio al Señor. No quiero decir aquí: incompatible con los derechos del cristiano en ese servicio. La tercera cosa es lo que Pedro llama: «No gobernando sobre heredades». Quiere decir: Como hombres que se enseñorean de las herencias que les pertenecen, considerando a los santos como su posesión. En lugar de esta actitud, los ancianos debían ser los modelos del rebaño, dándoles el ejemplo de una vida de sumisión, obediencia, santidad y confianza, cualidades que distinguen a las ovejas acostumbradas a seguir, no a los ancianos, sino al Pastor Soberano que las guía. Todo esto se dice en vista de la futura manifestación del Pastor Soberano. El propio anciano se contenta con servir al rebaño sin recompensa inmediata, pero espera el momento de la futura manifestación de Cristo. Él mismo no es más que un pastor, con muchos otros, a los que se les darán coronas y recompensas; pero su recompensa será una corona que no puede equipararse a las coronas temporales, pues nada podrá arrebatarle ese glorioso ornamento que nunca se marchitará.

«Igualmente vosotros, jóvenes, someteos a los ancianos; y todos, unos para con otros, ceñíos de humildad; porque Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes. Por tanto, humillaos bajo la poderosa mano de Dios para que él os exalte a su debido tiempo; depositando sobre él toda vuestra ansiedad, porque él tiene cuidado de vosotros» (v. 5-7).

El apóstol se dirige ahora a los jóvenes que, bajo la dirección de los ancianos, constituyen el rebaño. Deben estar sometidos a los ancianos que (v. 3) no deben dominarlos. Este hábito mutuo nos mantiene humildes (Prov. 3:34), y es nuestra única actitud en este mundo. La mano que está sobre nosotros es fuerte (Sant. 4:6). Nues-

tro papel aquí es reconocerlo, no aspirar a otro lugar, hasta que llegue el momento, pero llegará. Todo esto está en relación con el pensamiento capital de la Epístola. Mientras tanto, avanzamos cargados de preocupaciones hacia una meta que no hemos alcanzado. Qué carga, dirán ustedes. Pero no, al contrario, estamos completamente libres de todas las preocupaciones, ya que él nos permite echarlas todas sobre Él. ¡Qué libertad! Somos conscientes de que él se preocupa por nosotros, y estamos llenos de una esperanza que no puede engañarnos.

«Sed sobrios y velad: vuestro adversario el diablo ronda como león rugiente, buscando a quien devorar. Resistidle firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se cumplen en vuestros hermanos que están en el mundo. Y el Dios de toda gracia, que os llamó a su gloria eterna en Cristo, después que hayáis sufrido un poco de tiempo, él mismo os perfeccionará, os afirmará, os fortalecerá y os instituirá. A él el dominio por los siglos de los siglos. Amén» (v. 8-11).

"¡Sed sobrios, sed vigilantes!" ¡Cuánto hay en esas 2 palabras! ¿No las encontramos continuamente en las Epístolas, y especialmente en esta? *Sobrios*: no dejarnos embriagar por las trampas del mundo que nos rodea. Si probamos lo que el mundo nos ofrece, perderemos la justa apreciación de las cosas de Dios, de la Palabra, de la persona de Cristo. Nuestro corazón está abierto a toda tentación; hemos prestado oído a las insinuaciones de la serpiente, siempre dispuesta a seducirnos. Pero nuestro adversario tiene otras armas a su disposición. Busca devorar. Nuestro amado Salvador tuvo que enfrentarse al principio de su carrera con la serpiente, y al final con el león rugiente, que no pudo ni seducirle ni asustarle.

Lo que tenemos que hacer es: ¡resistirle! El vencedor de Satanás está con nosotros; ha luchado por nosotros; pero nuestra lucha se basa en su victoria. Nuestra fe nos asegura que esta victoria ya está ganada y por eso somos más que vencedores en Aquel que nos amó. «Sabiendo que los mismos padecimientos se cumplen en vuestros hermanos que están en el mundo». Vemos aquí que la lucha con el Adversario pertenece a ese numeroso grupo de sufrimientos que esperan al cristiano en su peregrinación. Estos padecimientos «se cumplen en nuestros hermanos que están en el mundo». Pedro describe a estos cristianos judíos como si estuvieran cerca del final de la carrera, mientras que sus hermanos todavía no están allí, pero están pasando por la lucha y lo que pertenece a ella, mientras que ellos están a punto de entrar en el descanso. Los ha seguido paso a paso hasta el descanso final. Podemos ver que considera que estos cristianos solo tienen que sufrir por un tiempo.

El Dios de gracia los ha *llamado* a su gloria eterna en Cristo Jesús, pero hasta en-

tonces Pedro no supone que resistir a Satanás pueda ser otra cosa que sufrimiento. Solo hasta que hayan alcanzado esa gloria, el Señor hará muchas cosas por ellos: **1)** Los hará completos a ellos mismos. Solo él puede hacer esta obra; Dios los hará semejantes a Cristo en todo sentido. Según Pablo, estamos completos en Él; según Pedro, alcanzaremos la perfección al final del camino; está ante nosotros como una meta. **2)** Los fortalecerá, podrán mantenerse firmes. **3)** Los fortalecerá. Entonces ya no será una cuestión de ir a más. La fuerza será completa. **4)** Los establecerá sobre una base inconmovible. Por fin habrán llegado a Aquel en el que no puede haber inseguridad, ni cambio, ni sacudida de ningún tipo, la Roca de los siglos, sobre la que estos pobres peregrinos se establecerán ahora para la eternidad.

Ante tal imagen de la gloria futura, en la que por fin habremos alcanzado la meta perfecta en la persona de Cristo, la doxología vuelve a brotar abundantemente para florecer en la eternidad. «A él el dominio por los siglos de los siglos. Amén». (Comp. con 4:11).

«Mediante Silvano, a quien considero un hermano fiel, os he escrito brevemente para animaros y aseguraros que es la verdadera gracia de Dios en la que estáis. La elegida con vosotros en Babilonia os saluda, y también Marcos, mi hijo. Saludaos unos a otros con un beso de amor fraternal. Paz a todos los que estáis en Cristo» (v. 12-14).

Para el apóstol, esta Epístola sería más bien breve en su tema que en sus dimensiones: obedecer, seguir el camino cristiano, hacer el bien y sufrir tras las huellas de Cristo en un mundo en el que no tenemos nada; avanzar hacia el cielo sin tener como parte actual nada más que la esperanza; seguir a Jesús, lleno de confianza, sin haberlo alcanzado, es su tema.

Silvano llevaba esta Epístola y estas exhortaciones que atestiguaban que la gracia en la que se encontraba este sufriente, pobre y despreciado Remanente era *la verdadera gracia de Dios*. ¡Qué seguridad deben haber dado las palabras del apóstol a estos testigos perseguidos! Sobre todo, no debían retroceder, ya que poseían la verdadera gracia de Dios, en la que se resumía todo el pensamiento del Dios de la verdad y del amor. Solo tenían que seguir adelante, alcanzarían esta gracia misma en la persona del Salvador. La esposa elegida de Pedro los saludó, al igual que su hijo Marcos. ¡Qué comunión entre todos ellos, los dispersos! ¡Paz a todos los que están en Cristo! Es la primera vez que esta expresión, tan conocida por el apóstol Pablo, se utiliza para designar a estos cristianos. Toda la Epístola termina con la paz.